



Bernardo Monteagudo

Política

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Bernardo Monteagudo

Política

Si el temor y la ambición producen las facciones y estas los partidos que devoran al estado, es un deber de todo gobierno popular ocurrir a la influencia de aquellos dos agentes de disturbio y prevenir sus efectos, ya que es imposible desarraigar las causas de donde emanan. Todo hombre sensato debe estar desengañado de esa quimera filosófica, que ha entretenido el espíritu de algunos que intentaron desnudar a los hombres de su ropaje natural, quiero decir de sus pasiones y vicios. Yo veo al hombre siempre el mismo en el siglo de Arístides, que en la edad de Calígula, en los tiempos de Sócrates y en los de Nerón: veo que las lecciones de Marco Aurelio, las máximas de Séneca y las virtudes de sus contemporáneos tuvieron estériles admiradores sin ser jamás imitadas: veo en fin que el antiguo y nuevo mundo, las razas de los tiempos fabulosos y las generaciones del siglo XIX, se resienten de las mismas debilidades, de iguales extravíos y de propensiones idénticas que humillan el espíritu del que considera siempre aislada la justicia a un corto número de hombres, que abortan los tiempos en su rápida carrera.

Yo bien quisiera dudar de esa humillante observación, mas por desgracia ella es una verdad demostrada; y en la triste necesidad de suponerla, sólo debo calcular los medios preventivos de la malicia de los hombres, demasiado propensos al espíritu de discordia, luego que el temor o la ambición los agita. En verdad es un sentimiento natural a todo ser débil e impotente buscar el apoyo de otro y dilatar la esfera de su poder interesando en su auxilio al más sagaz, al más poderoso y al más fuerte, cuando le amenaza un riesgo o le combate un peligro que aflige sus recursos individuales. Si un funcionario público, si un militar honrado, si un ciudadano particular ven vacilar su existencia civil por las detracciones, las imposturas y las denuncias clandestinas: si el gobierno fomenta con su tolerancia los chismes y rencillas sordas y tiene a más la debilidad de consentir en el menoscabo de la opinión de aquellos, es consiguiente al temor de perderla el sobresalto, la indignación, la venganza, los celos, las quejas y todos los demás recursos que sugiere una justa represalia en la crisis del enojo. El agraviado ya no trata desde entonces sino de buscar prosélitos, en su dolor: persuade, seduce, alarma, divide y en fin su pasión grita y la discordia triunfa. Es un principio en la política que así como el déspota funda su seguridad en las denuncias, único tráfico de sus mercenarios aduladores; la acusación es en los estados libres la salvaguardia de la LIBERTAD individual. En un pueblo donde la denuncia sea un crimen y donde la acusación esté autorizada por la ley, jamás la virtud podrá ser oprimida de la impostura. Si mis acciones son conformes a las leyes eternas que me rigen y si yo estoy cierto que las tinieblas no pueden oscurecerlas; si sé que no tengo otro enemigo que el que se me presenta armado, el temor será en mí una pasión efímera, y descansando en mí mismo cuidaré sólo de sostener mi opinión, mas no de arruinar la de los otros. Pero mi conducta será del todo contraria, si sé que se me acecha en secreto y que se juzga mi

opinión en el seno de las sombras. En resultado de estas observaciones yo concluyo, que uno de los medios preventivos de las discordias y partidos, es cerrar la puerta a las denuncias secretas y abrir un tribunal público de acusación donde el celoso ciudadano publique con intrepidez los crímenes del perverso y la virtud esté al mismo tiempo segura de la saña de los impostores.

¡Qué pueden al presente todos los esfuerzos de los tiranos! Sus infructuosas campañas han abatido su coraje, sus recursos se han agotado; su crédito ha perecido y la ilusión que los sostenía se ha disipado como el humo: las naciones han abierto los ojos y los han fijado sobre esta guerra: la mitad de la Europa se arma contra nuestra enemiga (1), la otra mitad ve con placer la próxima ruina de esa potencia soberbia que se arrogaba el imperio de los mares y sometía a su cruel yugo la parte más vasta de la América.

¿Con qué título nos imponía y dictaba leyes? ¿No es un absurdo, el que un inmenso continente sea gobernado por una pequeña isla? La naturaleza no ha formado al satélite mayor que a su planeta. Estando la Inglaterra y la América en relaciones inversas según el orden natural, era preciso que perteneciesen a diferentes sistemas: era preciso que la Inglaterra perteneciese a la Europa y la América a sí misma. Nuestra situación, nuestras fuerzas, la tiranía de los ingleses, su distancia, ved ahí, ved ahí los títulos que tenemos para ser independientes. Nosotros somos libres porque queremos y porque podemos serlo: este es el orden de la naturaleza y sin embargo se nos trata de rebeldes. El enemigo de la LIBERTAD y de la humanidad es el verdadero rebelde: este es el monstruo horrible que debe ser marcado por todas partes con el sello del anatema público. ¿Nosotros rebeldes? ¿Lo es acaso el que defiende sus hogares contra los que roban sus propiedades y arruinan sus hijos? ¿Nosotros rebeldes? ¿Y qué eran los ingleses cuando hicieron correr en el cadalso la sangre de uno de sus reyes, cuando obligaron a otro a huir de su barbarie y a renunciar la corona por salvar su vida? La sangre de los reyes no ha manchado nuestras manos y sin embargo se derrama la nuestra. ¿Nosotros, en fin, rebeldes? ¡Ah! si lo somos, nos gloriamos de tener parte en este bello título con el gran Tell, que hizo temblar a Alberto sobre el trono, con el primer holandés que osó salvar a sus compatriotas de la tiranía del duque de Alba. Nuestra causa es la misma, porque es la causa de la LIBERTAD.

¡Pero, cuánto más feliz es nuestra situación! La naturaleza nos ha prodigado todos sus dones, las artes hermean nuestras comarcas, la industria y el comercio hacen reinar la abundancia. El coraje de los americanos se ha desplegado ya en los combates: ¿quién podrá hacernos vacilar entre la guerra y una ignominiosa servidumbre? La victoria es nuestra si perseveramos: pero aun cuando la muerte fuese cierta, ¿quién no la despreciaría y quién no bajaría a la tumba con placer? ¿Se debe temer la muerte cuando la vida no es sino el fruto de la esclavitud? Muramos, muramos si es preciso; ¡pero qué digo!; olvidemos esta imagen, la felicidad va a renacer entre nosotros con la paz. Atesto nuestras victorias, las de nuestros aliados, la caída de esos ministros cuyo orgullo causó todas nuestras desgracias, la evacuación de la mayor parte de nuestras plazas: atesto esta feliz unión que reina entre los americanos, atesto en fin esas leyes dictadas por la humanidad y la sabiduría. Las leyes de Licurgo estaban escritas son sangre, nuestro código no respira sino humanidad: Platón forjó quimeras, nosotros seremos felices en realidad. Numa era rey, y nuestros legisladores son ciudadanos libres. Ved ahí los felices auspicios bajo los cuales se renovarán entre nosotros los bellos días de Atenas y de Roma. Nosotros estamos en nuestra aurora, la Europa toca su occidente; y si las tinieblas se apresuran a envolverla, para nosotros amanecerá un día puro y risueño: ciudades numerosas saldrán del seno de estos desiertos inmensos: nuestros buques cubrirán los mares, la abundancia reinará dentro de nuestros muros y no se verán

sobre nuestros altares y en nuestros tribunales sino dos palabras: humanidad y LIBERTAD. ¡Ojalá pudiésemos expiar los ultrajes que han recibido ambas en América y que aún reciben en muchas partes de la Europa! ¡Ojalá pudiésemos mostrar a nuestros antiguos tiranos y a todos los pueblos en una sabia y justa legislación el medio de afirmar la felicidad de los individuos y de asegurar la permanente prosperidad de los estados!

(1) A nosotros nos basta que esté armada la Francia.

(El Mártir o el Libre Mayo 4 y 11 de 1872.)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

